

CHARLOT

SEMANARIO

Director y Propietario M. NAVARRETE

FESTIVO

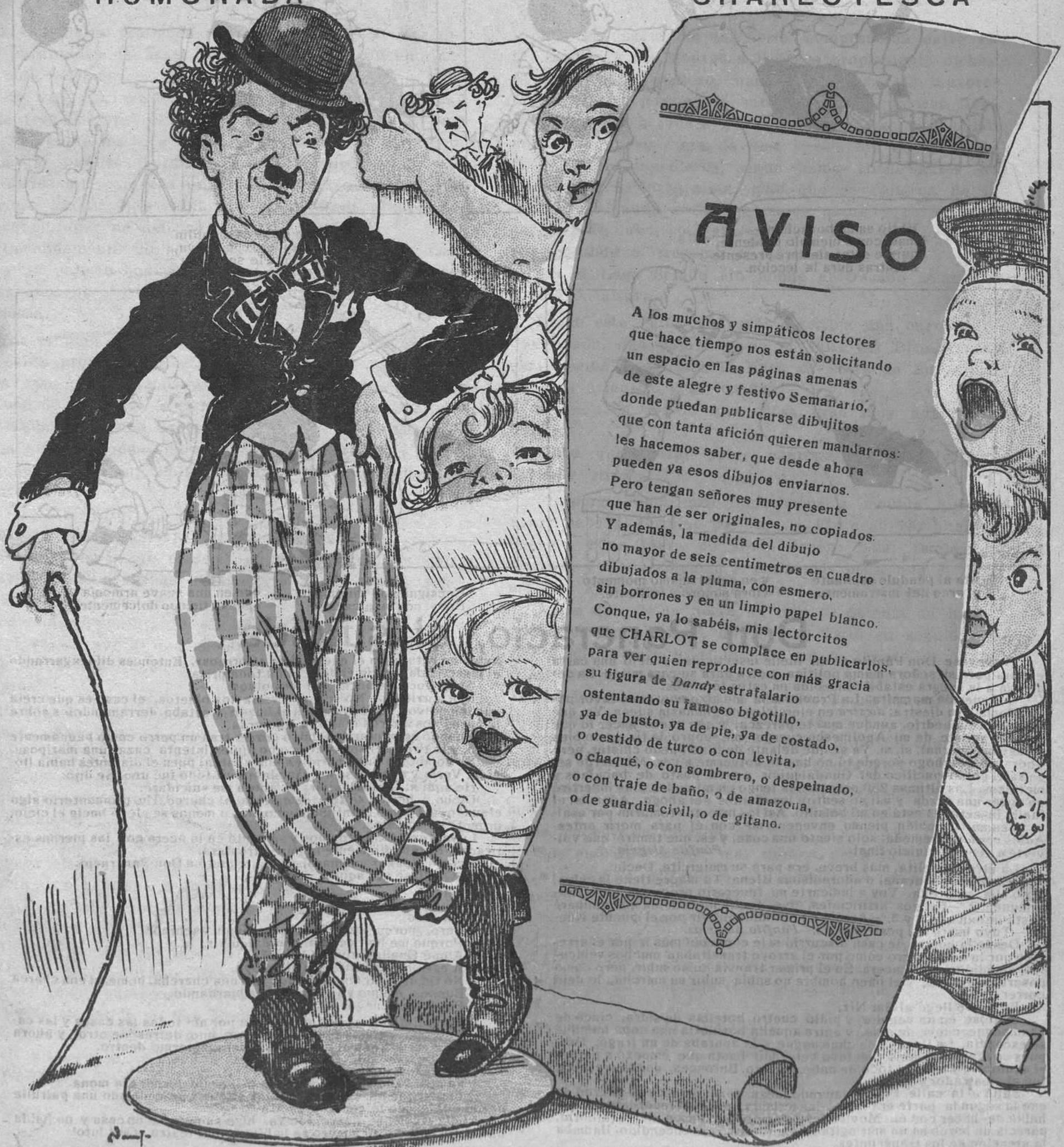
Año II.-Núm. 72

Barcelona 7 de Julio de 1917

10 céntimos

HUMORADA

CHARLOTESCA



2-1

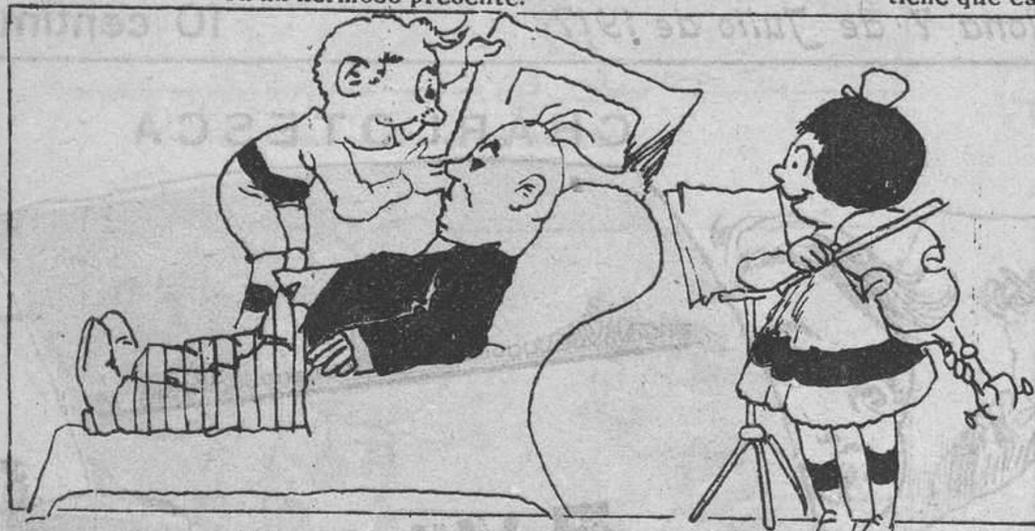
EL VIOLIN MISTERIOSO



Por ser bueno y obediente es Bobby felicitado y por su tío obsequiado con un hermoso presente.



Alegre el chico se engolfa en distracción tan bonita, mientras su pobre hermanita tiene que estudiar la solfa.



El tío es un bonachón mas, como ejemplo prudente, quiere estar siempre presente mientras dura la lección.



Pero Bobby es un pillin y una idea, como suya, hace que le sustituya el sonido del violín.



Ata al péndulo oscilante el arco del instrumento, y en aquel mismo momento vibra sonora y brillante.



Consiguiendo finalmente Bobby, con su picardía, que en una suave armonía pase el tiempo dulcemente.

Don Pancracio, el suicida

Proveyóse Don Pánfilo de un fuelle insecticida, y dejó una carta escrita para su señora mamá política, y otra para su cara mitad. La dedicada a la suegra estaba concebida en estos términos:

«Mi querida mamá: La Providencia me hizo muy poco favor poniéndome a tu diestra; *diestra* en ejercicios de gimnasia sueca. Yo, que tengo libre albedrío, aunque mal te parezca, y que puedo hacer lo que más me agrada de mi Apolinesco cuerpo; me separo de ti, óyelo bien monstruo infernal, sí, sí. Ya sé que delante de ti no puedo chistar, pero ahora me desahogo porque tú no has de volverme a ver. Mi cuerpo seguirá el curso pacífico del Guadalquivir y será pasto de bacalao y merluzas. Las últimas 250 pesetas las tengo en mi poder. Las invertiré en coger una curda y así no sentiré los efectos del ahogo. Además, el fuelle insecticida está en mi bolsillo. Así los insectos tomarán por asalto tu cama. También pienso envenenarme con él para morir antes. Adiós *cerda* extremaña; solo siento una cosa; y es, que tendré que verte a ver en el juicio final».

Pánfilo Alegría

La otra esquelita, más breve, era para su mujercita. Decía: «Elenísima adorada, o adoradísima Elena: Tu madre tiene la culpa. Solo ella, solo ella. Voy a indicarte mi funerario programa. 1.º—Embriaguez. 2.º—Fuegos artificiales, digo, fuelle insecticida que chuparé hasta intoxicarme, y 3.º—Arróje en el Guadalquivir por el puente Nuevo.—Tuyo hasta las postrimerias.—Pánfilo Alegría».

Desde la puerta de casa discurrió si le convenía más ir por el arroyo o por la acera, pero como por el arroyo transitaban muchos vehículos, decidió ir por la acera. En el primer tranvía quiso subir, pero como pasara corriendo, y el buen hombre no sabía subir en marcha, lo dejó correr.

En breve llegó al Bar Niz.

Sentóse en un velador y pidió cuatro botellas de sidra, cinco de champagne, nueve de anís, y entre aquella botillería una copa humilde se escondía. La llenaba de champagne y la apuraba de un trago. Después cogió una de anís y estuvo bebiendo hasta que empezó a perder el equilibrio y a verlo todo de cabeza abajo. Entonces, dando traspiés, fué al mostrador y pagó.

Salió a la calle. Fue hilvanando ideas como pudo y se acordó de que la segunda parte era la del insecticida, pero no recordaba lo que había de hacer con él. Moviéndose siempre en busca del equilibrio, parecía un barco en un mar agitado. Su rostro, rojo encendido, llamaba la atención de los transeuntes.

D. Pancracio vió en una esquina una boca de madera, y sobre ella

había un rótulo en el que se leía «Correos». Entonces dijo, agarrando el insecticida y dirigiéndose allí a toda prisa:

—Sí, la boca, la boca. Allí los polvos.

Fué corriendo. No sé como vería los objetos, el caso es que creía que los polvos penetraban en el buzón y estaba derramándolos sobre la pared dos metros más a la izquierda.

Cuando se agotaron echó a correr tras un perro como buenamente pudo, y le tiraba el sombrero como quien intenta cazar una mariposa.

Su sombrero fué a parar en una charca, pues el día antes había llovido. Verla y acordarse del Guadalquivir todo fué uno. Se dijo:

—He aquí al Guadalquivir. Sí; ahora me suicidaré.

Dicho y hecho; se tiró de cabeza al charco. Un promontorio algo elevado, así como Montjuich poco más o menos se elevó hacia el cielo, urgente de su calva.

Levantóse dando tumbos y se sentó en la acera con las piernas estiradas. Miraba fijamente la pared frontera.

Acertó a pasar un guardia y le preguntó a Don Pancracio:

—¿Qué jase uté aquí?

—Nado.

—¿Uté ha bebio?

—Un poco.

—Pero, ¿porqué está de jese modo ahí asentao?

—Porque me he tirado al Guadalquivir.

—A qué Guadalquivir? ¿Ar río?

—A ese que hay abajo en el arroyo.

—No tié uté mar Guadalquivir. Síe una charca, home, si una charca

—Bueno... es que yo estoy aquí aguardando.

—Pero, a quién? ¿ar Arzobispo?

—Quiá. Están pasando muy aprisa por ahí todas las casas y las calles, y plazas, y todos ruedan y corren uno detrás de otro, y ahora aguardo a ver si pasa el otro mundo para meterme dentro.

—¿Algún baul quíe desí?

—No, señor; el otro mundo.

—Vamos, vamos conmigo; en la inspección dormirá la mona.

Quieras, que no, se lo llevó a las oficinas precediendo una patrulla de chiquillos que le escoltaban.

Al día siguiente, despejado ya, hizo su entrada en casa y no había nadie. Su mujer y su suegra se habían ido al teatro. ¡Que luto!

Senderoito



raba con cierta sensación de temor a aquellas mormonas encargadas de hacer colectivamente la felicidad de un solo mormón.

En su buen sentido compadecía al marido: le parecía terrible tener que guiar tantas mujeres a la vez y a través de las vicisitudes de la vida, conducir las en grupo al paraíso mormón, con la perspectiva de encontrarlas allí por toda una eternidad en compañía del glorioso Smyth, que debía ser el principal ornamento de aquel lugar de delicias.

Decididamente no se sentía con vocación para tanto, y le parecía—quizá en esto se engañaba,—que los ciudadanos de Great-Lake-City, le dirigían miradas sospechosas.

Por fortuna su estancia en la Ciudad de los Santos, no debía prolongarse.

A las cuatro menos algunos minutos, los viajeros estaban de vuelta en la estación y ocuparon sus asientos.

Resonó el silbido de la locomotora, y en el momento en que las ruedas motoras patinaban sobre los rails y comenzaban a imprimir al tren un poco de felicidad, se oyó gritar:

—¡Alto! ¡Alto!

No es posible detener un tren en marcha.

El gentleman que profería aquellos gritos era evidentemente un mormón rezagado y corría hacia asfixiarse por la fatiga.

Afortunadamente para él, la estación no tenía puertas ni vallas, por lo que se lanzó a la vía, saltó al estribo del último vagón y cayó sofocado en uno de sus asientos.

Picaporte, que había seguido con emoción los incidentes de aquella gimnasia; vino a contemplar al rezagado, por quien se interesó vivamente, cuando supo que aquel ciudadano de Utah huía de aquella manera a consecuencia de una pelotera doméstica.

Cuando el mormón se repuso, Picaporte se atrevió a preguntarle con mucha cortesía cuántas mujeres tenía para él solo, porque por la manera de escapar, le suponía una veintena a lo menos.

—¡Una, cabalero!—respondió el mormón levantando las manos al cielo,—¡una y es insoportable!

Al salir el tren de Great-Salt-Lake y de la estación de Ogdén subió durante una hora hacia el N. hasta el Vale Mec, habiendo recorrido unas novecientas millas desde su salida de San Francisco.

A partir de este punto, siguió otra vez la dirección del E. a través de la accidentada cordillera de los montes Wahsatch.

En esta parte del territorio, comprendida entre estos montes y las Montañas Rocosas propiamente dichas, es donde los ingenieros han luchado con las mayores dificultades, y por eso la subvención del gobierno llegó a elevarse a cuarenta y ocho mil dólares por milla, mientras que sólo era de diez y seis mil en la llanura; pero los ingenieros, según hemos dicho antes, no violentaron la naturaleza, sino que se valieron de la astucia, rodeando todos los malos pasos, y para alcanzar el gran lago, sólo abrieron un túnel de catorce mil pies en todo el trayecto de la línea.

En el Lago Salado era donde el trazado alcanzaba su mayor altura.

Desde este punto su perfil describía una curva muy prolongada, que bajaba hacia el valle del Bitter-creek, para remontarse hasta la línea divisoria de las aguas entre el Atlántico y el Pacífico.

En aquella región montañosa eran muy numerosos los ríos.

Hubo que cruzar sobre pontones, el Muddy, el Green y otros.

Picaporte tenía más impaciencia a medida que se aproximaba al término del viaje, y Fix a su vez hubiera querido estar fuera de aquel áspero país; temía los retrasos y los accidentes y tenía más prisa que el mismo Mr. Fogg, por poner el pie en tierra inglesa.

A las diez de la noche, el tren se detenía en la estación de Fort-Bridge, de la cual salió en seguida, y veinte millas más lejos entraba en el Estado de Wyoming, antiguo Dakota, siguiendo el valle del Bittercreek, de donde salen una parte de las aguas que forman el sistema hidrográfico del Colorado.

Al día siguiente, 7 de Diciembre, hubo un cuarto de hora de parada en la estación de Green-river.

Durante la noche había nevado copiosamente, pero mezclada la nieve con la lluvia, y medio derretida, no podía impedir la marcha del tren.

Sin embargo, aquel mal tiempo no dejó de inquietar a Picaporte, porque la acumulación de las nieves entorpecía las ruedas de los vagones y podía comprometer el resultado del viaje.

—¡Qué idea ha tenido mi amo—pensaba,—de viajar en invierno! ¿No hubiera podido esperar la buena estación para tener mayores probabilidades en su favor?

Mientras el buen muchacho no se preocupaba más que del estado de la atmósfera y del descenso de la

(Continuará)

UNA NOCHE DE TERROR

Caminaba lentamente por una callejuela de los barrios extremos de París, llevando entre mis manos un tomo de las aventuras de Edgardo Poe, y abstraído en la interesante lectura, fui apartándome sin apercibirme, del bullicio de la capital, hasta encontrarme de pronto en una hermosa pradera que con su soledad invitaba al reposo.

La tarde declinaba, y los rojizos destellos del crepúsculo imprimían al paisaje un aspecto fantástico. Cediendo al cansancio que me había producido el paseo, me senté sobre el mullido césped y un dulce sopor empezó a invadir mi cuerpo; sentí que mis párpados se cerraban como si pesaran más que el plomo y que mis fuerzas cedían bajo un irresistible dominio.

La noche cayó rápidamente venciendo con su negro crespón al día, y lejos divisé una mancha que parecía el capote de un torero.

Era un garito donde pasan la noche formando planes, los más repugnantes malhechores de París, y allí me introduzco.

Pido vino y me parece que bebo bencina, por lo malo. El humo de las tagarninas y el aliento aguardentoso de los bebedores, hacen de la atmósfera una nube espesa como el chocolate.

Un hombre de rostro cadavérico y pálido como una sábana se sienta junto a mi mesa y se bebe el vino que yo dejé.

¡Que no hay derecho! protesté yo.

El tío fijó su mirada en la mía y yo me estremecí hasta el tobillo; aquella mirada terrible me hacía daño, y para no caer dominado por él canturreé:

*¿Qué tienes en la mirada
guardia de seguridad?*

El individuo dueño de la mirada, puso su manaza en mi hombro y murmuró en mi oído:

—No lo niegues; tú eres el Piltrafa, te conozco, llegaste ayer de Tolón.

Estuve por abofetear al hombre aquel, pero tuve miedo y opté por callarme como un chino; después pensé divertirme y dije con voz funeral:

—Sí; pero no lo soples a la policía, yo soy el Piltrafa. Se rió con risa siniestra y dijo:

—Bueno, hoy te necesito; tengo «trabajo».

—¿Iremos solos?

—Sólos,

—Me conviene—dije yo.

Poco después salimos de la taberna, y para hacer nos el gracioso no pagamos el gasto.

Las doce tocaban en un reloj vecino; nuestras sombras se recortaban en el suelo a la pálida luz de la luna.

Llegamos hasta una casa rodeada de jardines y el amigo me entregó un puñal que brilló un momento.

—Toma, para defenderte.

Yo, tomando las cosas con calma, tomé el puñal.

Saltamos la tapia y trasparamos rápidos los jardines pero yo tropecé con un grillo y caí de bruces al suelo.

Me levanté y corrí a la puerta de la casa donde el amigo me esperaba tranquilo y sonriente como diciendo.

—¿Qué te parece mi maestría abriendo puertas?

Subimos las escaleras que crugían bajo nuestro peso; la linterna del facineroso reflejó una luz que alumbró otra puerta.

Oímos una respiración fatigosa que me llenó de un

terror supersticioso; me parecía que el dueño de la casa nos miraba con ojos de terror.

La luz de la linterna pasó rápida por una faz que me pareció peluda, y vi como sus ojos, fijos en los míos, me miraban en la oscuridad. Los sentía; los presentía fijos, y sentí un deseo loco de cerrarlos para siempre.

Este deseo me acomete siempre que me miran fijamente.

En la oscuridad creía ver dos puntos fosforescentes que me asaetaban; no pude vencer aquel deseo que me invitaba a librarme de aquella mirada, y mi brazo, armado del puñal, como guiado por una fuerza misteriosa, se levantó enérgico.

Después sentí un gruñido sordo, y un líquido viscoso y cálido me llenó la faz.

La luz se encendió de pronto y vi que mi víctima era una lamparilla de aceite que había sobre la mesilla de noche junto a la cama.

Un anciano seguido de tres forzudos negros entraron en la cámara del crimen y se arrojaron contra nosotros que no nos defendimos.

Mi amigo temblaba como hoja de árbol y yo reía por el timo que me había dado con la lamparilla.

—¡Miserables, vais a morir! rugió el anciano.

Los negros agarraron al que me tomó por el Piltrafa y de un tajo le cortaron la nariz que cayó dando brincos a una jofaina.

Lancé un grito de horror y los negros se rieron.

—¡Dejad a mi amigo! soy yo.

Afortunadamente, el anciano no me hizo caso.

Los feroces negros le cortaron después las orejas y le sacaron los ojos.

Y aquel infeliz gritaba, lloraba como un niño cuando le echan polvos de arroz.

Las piernas también cayeron al suelo, después los brazos, y cuando todo aquello estuvo hecho pequeñas partículas me aproximaron la jofaina a las narices y me entregaron un tenedor, diciéndome:

—Toma, y come.

Retrocedí y sentí como los pelos se me ponían derechos como un campo de trigo y mis ojos salían un metro de su postura natural.

—¡Jamás comeré de eso! gemía yo.

El anciano, con una tranquilidad pasmosa, hizo una señal a los negros y todos juntos empezaron a comer pedacitos de carne del cuerpo de mi antiguo amigo.

Sufrí lo indecible y llamé a la muerte cuarenta y cinco veces consecutivas.

Terminado el festín creí llegada mi última hora.

Un negro, con un afilado sable de caballería, se aproximó y me cortó la cabeza con una limpieza que me entusiasmó.

Mi cabeza cayó al suelo y comenzó a botar, haciendo correr a los negros tras de ella.

Por fin se me aproximó el anciano y yo sentí dos golpes en mi espalda.

Abrí los ojos y me encontré frente a un guardabosques que me despertó; yo lancé un grito de alegría. Todo fué un sueño; una quimera absurda.

¿Verdad, lector, que los sueños de la imaginación producen monstruos?

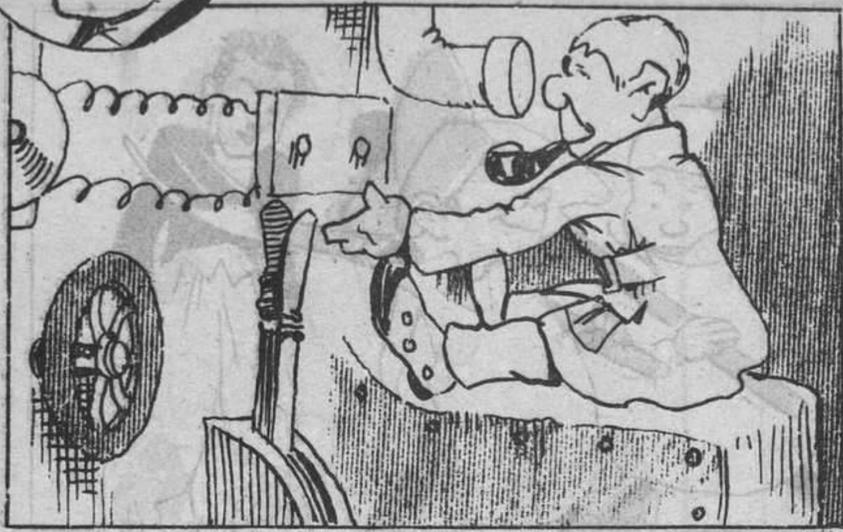
Y lentamente me dirigí a mi casa, horrorizado de aquella pesadilla maldita.

Pedro Sánchez Bosquet



Cocoliche

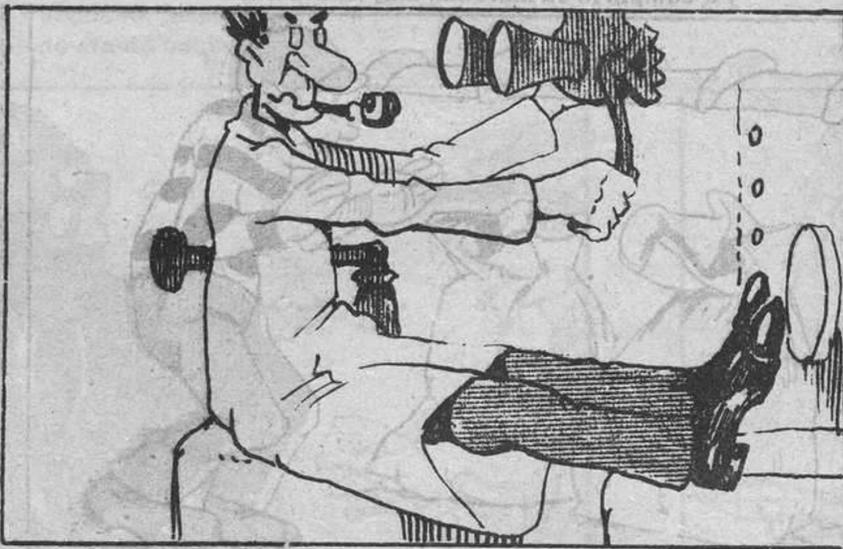
el Rey de los detectives, contra Lord Finuelle
(a) JON. C. JAKSON, el rey de los ladrones



Tragavientos ni comía ni dormía; encerrado en la cámara de observaciones, se pasó treinta y cinco horas fijos los ojos en el periscopio y las manos en la ametralladora eléctrica.



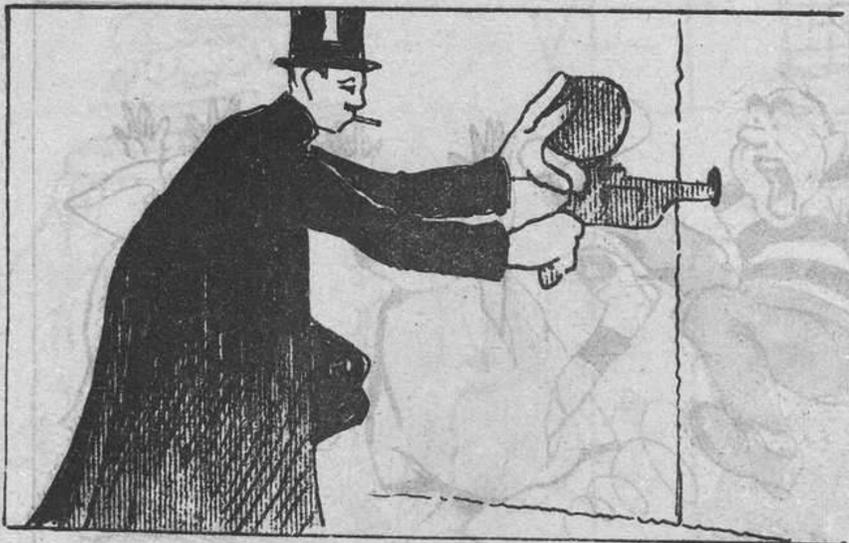
Mientras tanto, la situación de Jon C. Jakson no mejoraba; sujeto y encadenado en aquella cámara de triple coraza, casi llegó a convenirse de que era de todo punto imposible una evasión.



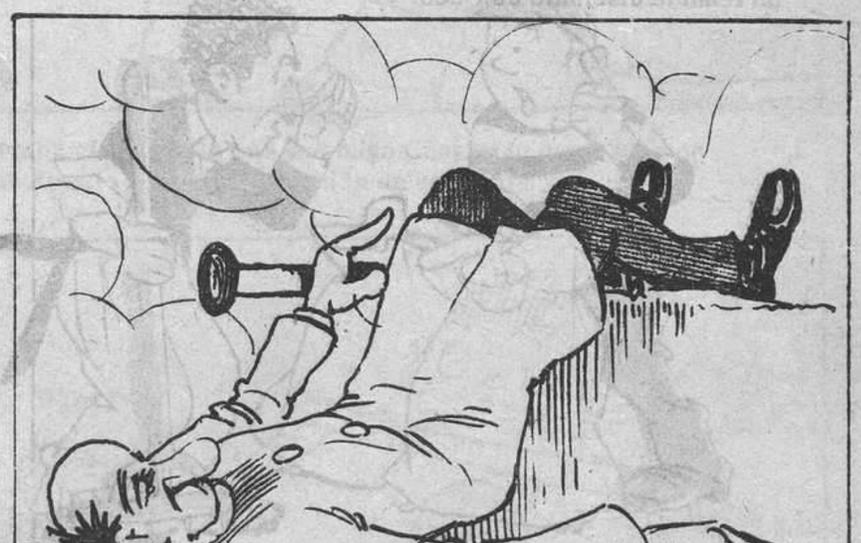
Por su parte, Cocoliche no abandonaba el periscopio U-2, desde donde observaba la entrada y salida de la casa, teniendo a disposición los resortes de todas las puertas secretas y subterráneos.



Así transcurría el tiempo, cuando al oscurecer, un misterioso personaje se introdujo por el balcón.—¿Quién era? ¡Misterio!—¿Lo vió Cocoliche?—No se sabe.



Sacó de debajo la capa un raro aparato, y echando unos polvos misteriosos, lo aplicó en el ojo de la cerradura...



Y un humo espeso y asfixiante invadió la estancia. Cocoliche no pudo soportar aquel ambiente y cayó al suelo desvanecido.



Seguía Tragavientos vigilando atentamente, y su imaginación vagaba sobre los sucesos pasados, cuando le pareció que alguien andaba detrás de si...



Volvió de pronto, y a punto estuvo de morir de espasmo; un revólver apuntaba su cabeza y una figura muy conocida de él sonreía triunfante. ¡Era Jon C. Jakson!

C. Rojo

LOS SACOS DE CHARLOT



Charlot, al ver a Nicolás y a Paco, por favor, les suplica que le ayuden a llenar de patatas algún saco.



Los chicos le contestan que al momento le llenarán los sacos que desee, y a cumplirlo se marchan muy contentos.



Mas, cuando empiezan a llenar un saco, ven que viene hacia ellos escondiéndose un temible discípulo de Caco.



Temblándoles de miedo el corazón, en dos sacos se esconden los muchachos temiendo los desmanes del ladrón.



Al verlos el ladrón que están tan llenos, venderlos quiere, con la sana idea de ganar unos duros de los buenos.



Mas, al ir a cambiarlos por pesetas, empezaron, Paquito y Nicolás a bailar unas cuantas zapatetas.



Y el ratero tal susto se llevó que dió un salto y cayó encima de un guardia y la espina dorsal le destrozó

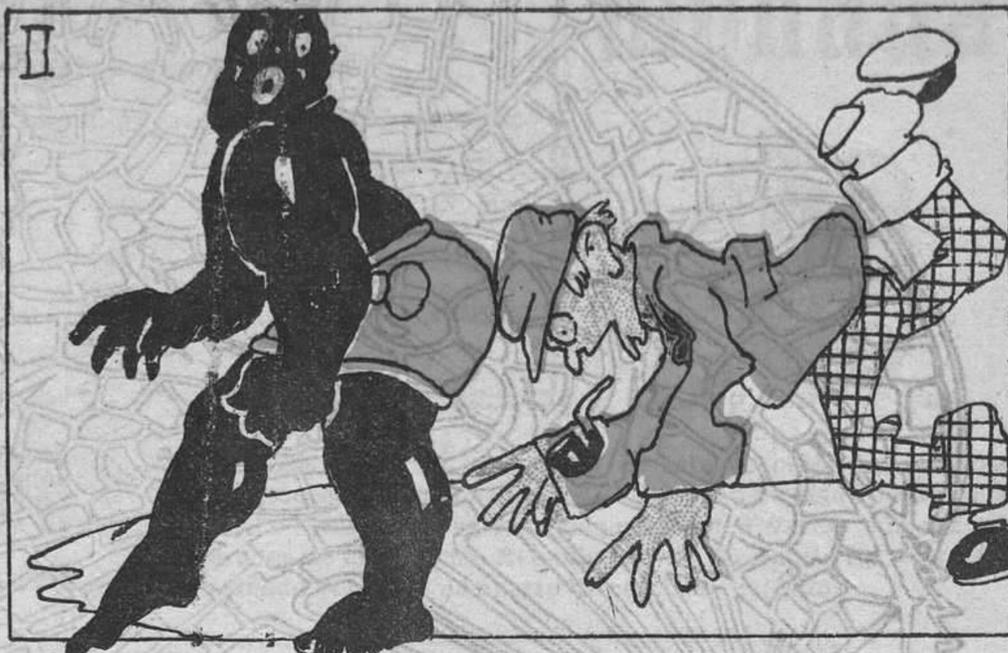


Y Charlot, celebrando la victoria convidó a los dos niños a pasteles... y acabóse la trama de esta historia.

Expediente seguro, para salir de un apuro, por Papin



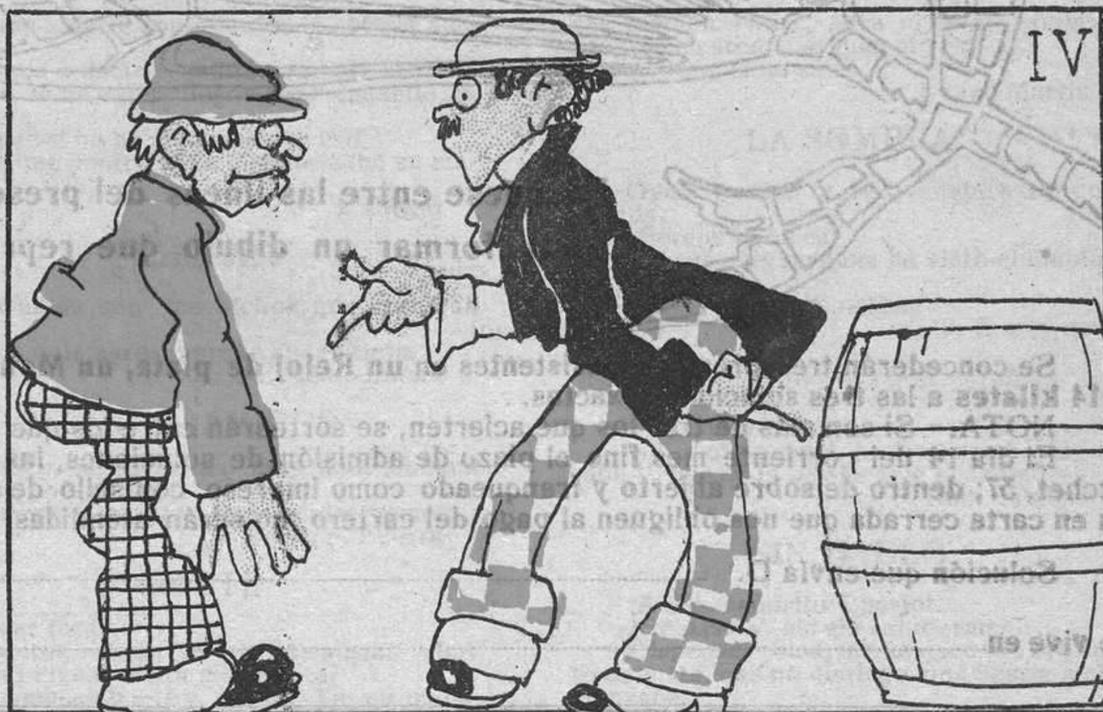
I
D. Fulgencio, hombre de ideas pacíficas, paseaba cierto día que no era de noche.



II
Tropezó por su desgracia con un canto, y dando con la cabeza en el respaldo de Bluff, campeón de boxeo, provocó una catástrofe.



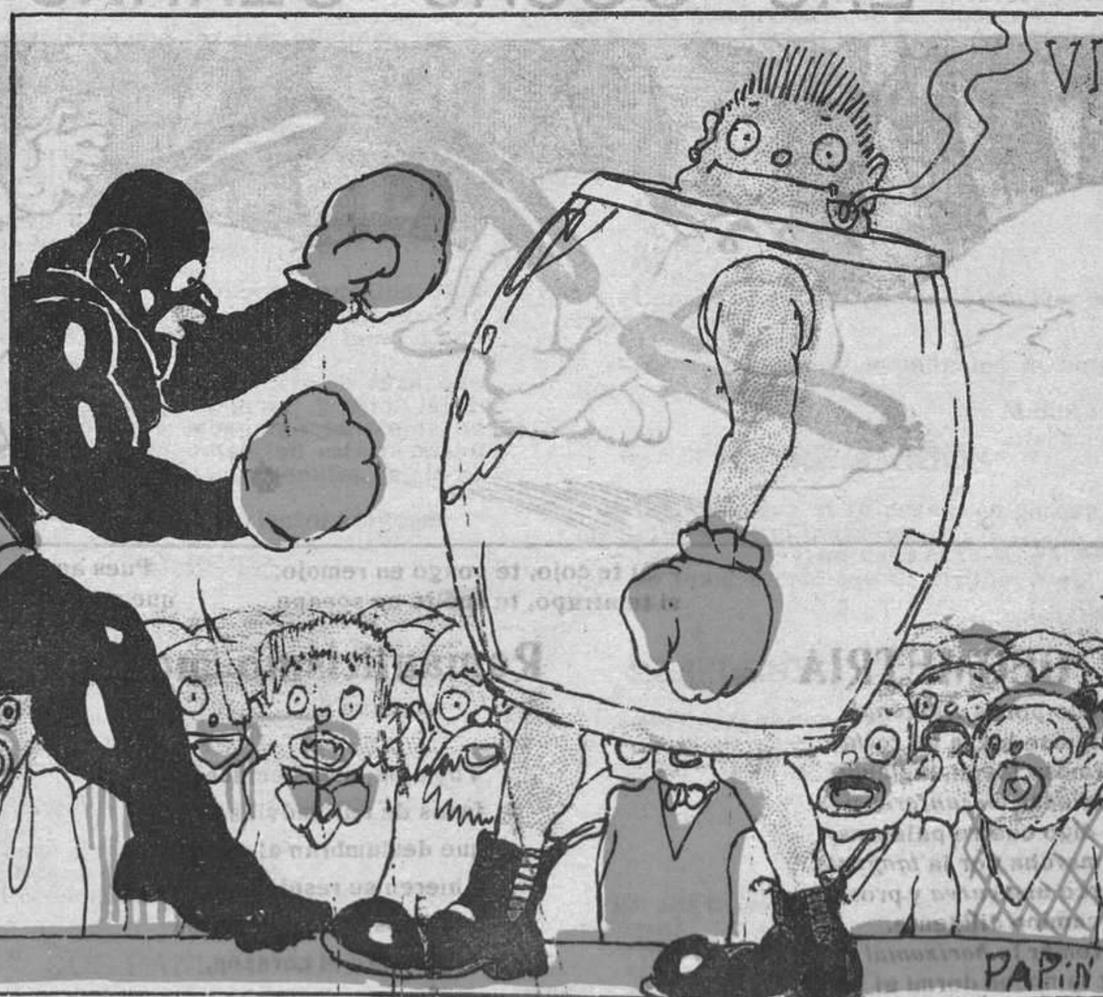
III
Esta vino en forma de tarjeta (nada menos que un duelo con Bluff, el rey de los cachetes incoherentes).



IV
Apurado estaba el tío, hasta que su amigo Charlot le da la idea de evitar el choque directo con la intervención de un bocoy.



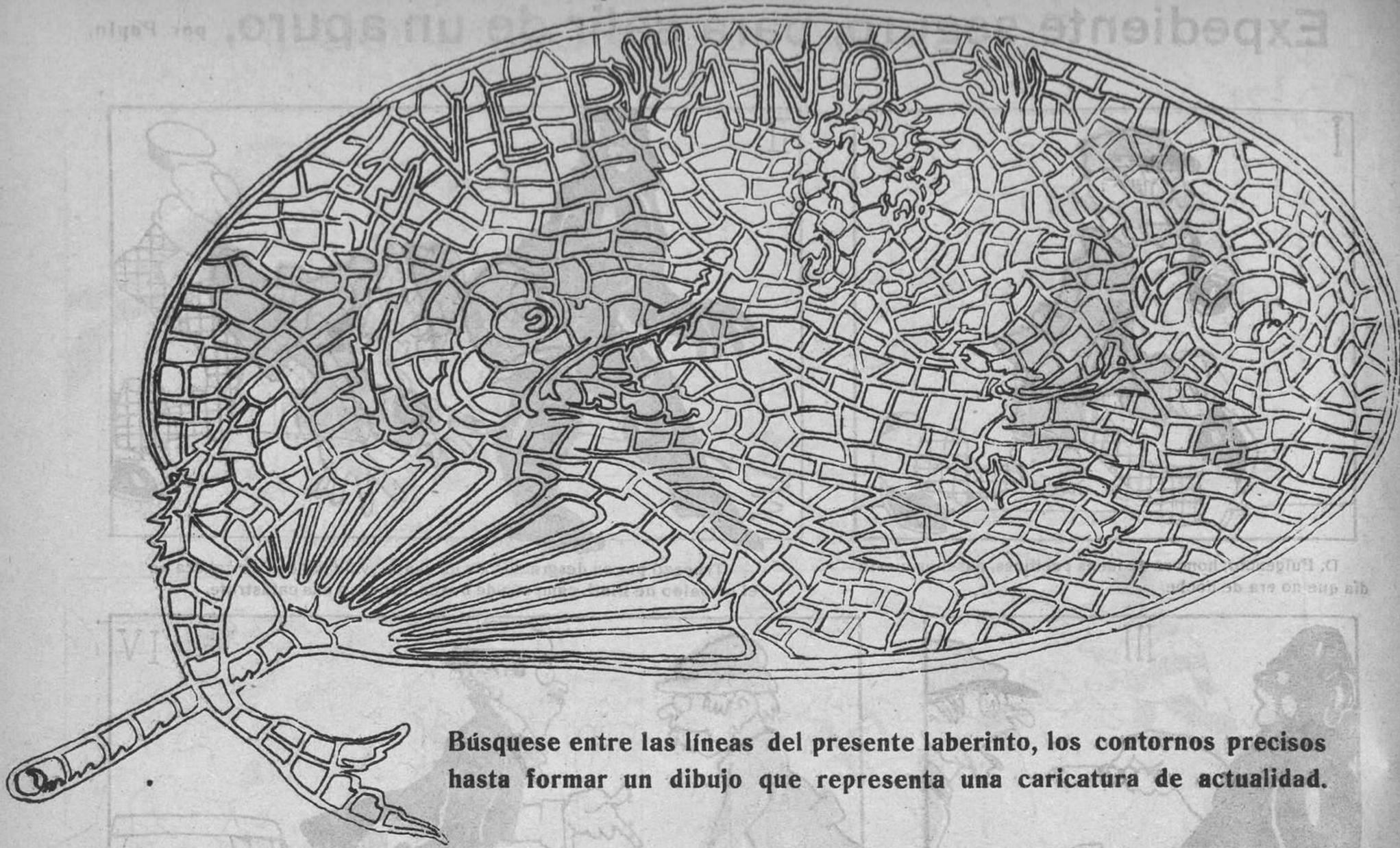
V
Y es el caso, que con un bocoy perforado de una manera táctica, el hombre adquirió un aspecto asaz melifluo.



VI
Mas, de resultados tan positivos, que resistiendo los formidables ataques de su terco adversario, salió de la liza sin un solo cardenal;

por lo cual, se lo recomendamos a nuestros lectores por si alguna vez se hallasen en caso tan estupendo como facil de resolver.

PAPIN



Búsqese entre las líneas del presente laberinto, los contornos precisos hasta formar un dibujo que representa una caricatura de actualidad.

Se concederán tres premios consistentes en un Reloj de plata, un Monedero de plata y una Cadena chapada en oro de 14 kilates a las tres soluciones exactas.

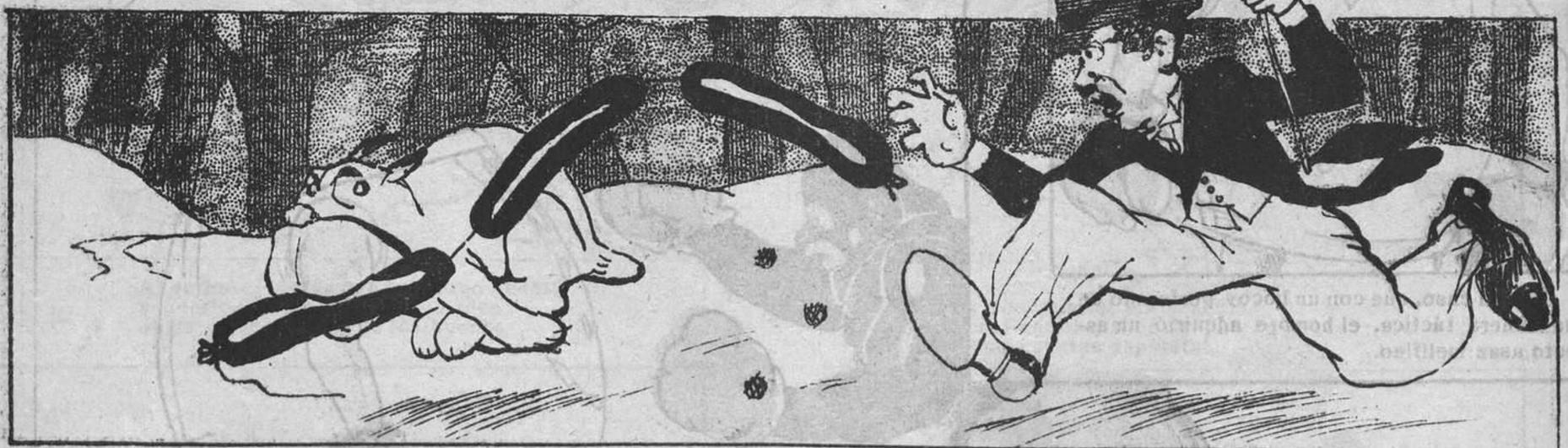
NOTA.—Si son más de tres los que acierten, se sortearán entre los que sean como en los concursos anteriores.

El día 14 del corriente mes fine el plazo de admisión de soluciones, las cuales se han de enviar a esta Administración: Puchet, 37; dentro de sobre abierto y franqueado como impreso, con sello de cuarto de céntimo; advirtiéndole, que las que vengan en carta cerrada que nos obliguen al pago del cartero, no serán atendidas.

Solución que envía D.

que vive en.....

LAS COSAS CLARAS



—Si te cojo, te pongo en remojo;
si te atrapo, te suelto un sopapo.

—Pues amigo, entonces te digo,
que no es grato esperar un mal rato.

GEOMETRIA

Yendo por la *Diagonal*
dirigióse hacia mi *recta*
hermosa joven, luciendo
preciosas *circunferencias*.
Le digo cuatro palabras,
se marcha por la *tangente*,
marco una *curva* y prosigo
mi camino diligente.
Al tomar la *horizontal*
por la noche dormí al pelo
soñando que en amoríos,
quien se ofusca *para-lelo*.

F. Aber Coll

Romanticismo moderno

Tus ojos, niña hechicera,
faros de automóvil son,
que deslumbran al mirarlos
y hieren su resplandor.
Los míos son periscopios
donde mira el corazón,
por eso por ti suspira
desde el corazón mi amor.

F. Aber Coll

LA GOTA DE AGUA

Poesía dedicada a mi querido amigo
Romero Jais

Bajaba de las nubes desprendida
una gota a la mar estremecida.
¡Cuanta agua!—exclama—¡Que extensión! ¡Soy
con esta enorme masa comparada! nada
En tanto que ella con rubor se encoge,
una concha en su seno la recoge;
la abriga, la alimenta de tal suerte,
que en una hermosa perla se convierte.
Y ahora brilla en la frente de un rey puesta.
¡Tal premio consiguió por ser modesta!

Jorge Sena



Colaboraciones del número anterior
que han sido premiadas con 5 pesetas:

Sin título	por	A. G. A.
Una razón	por	F. Fiestas
Entusiasmo	por	Pulga

Charlot irá publicando en cada número una de las más interesantes y breves producciones de cada uno de sus colaboradores, adjudicando tres premios, de 5 pesetas a las tres que más gusten a esta redacción. En los sobres de los originales, escríbase Charlot—Sección de Colmos y Monadas.

Todo autor premiado comprobará su identidad con una copia del primitivo original escrita y firmada con igual letra que éste.

NOTA.—No se devuelven los originales.

Rogamos a los colaboradores de esta sección, que al enviar sus producciones, lo hagan empleando un papel para cada chiste o colmo y firmado con su nombre y así aunque envíen varios a la vez queden separados de uno en uno. El envío han de efectuarlo en sobre abierto franqueado con sello de cuarto de céntimo, diciendo:

«Original para imprenta»

COLMOS

- ¿Cuál es el colmo de un sastre?
—Hacer una manga a un brazo de mar.
A. Menéndez
- El colmo de un capitán de barco:
—Naufragar en un cabo de vela.
A. Dandarin

La Ortografía y los Fondistas

Entré en una fonda un día pensando comer barato, y mandé sacar un plato con faltas de ortografía. Eso,—me dijo el fondista—mi cocina no lo tiene. Y yo repuse:—¿A qué viene ponerlas pues, en la lista? Quedó el hombre pensativo, y para salir del paso, me contestó:—¡Será acaso lista de un día festivo!
Céfiro A. de Lairán

CHISTE

—¿Cuál es la ciudad peor alumbrada de España?
—Madrid; porque tiene una bombilla y la tiene en las afueras.
P. S.

EN EL TREN

El viajero.—Oiga, factor, ¿en qué estación estamos?
El factor.—En... primavera.
El viajero.—¿Que chistoso! Y eso se le ocurre a V. solo o es producto de «varios factores»?
Leoncio

SIN TÍTULO

El maestro.—Además de la latina, ¿qué otra letra conoce V?
El discípulo.—(Después de una pausa). La ge... latina.
Ochavo

SIN TÍTULO

Celestino se niega a desempeñar un puesto oficial.
Un amigo le pregunta:
—¿En qué te fundas?
—He alegado que no sé leer ni escribir, y así se lo manifesté al Gobernador, de mi puño y letra.
Miguel D.

¡VAYA QUE GRACIA!

Hace poco recibí una carta de un camarada mío, que reside en la Habana, el cual necesitó dos cuadernillos de papel para relármelo todo, y al final puso lo siguiente:
P. D.—Mira, amigo mío; encontrarás extraño de que te envíe esta cartita tan larga, pero tengo que manifestarte que no he tenido tiempo de hacerla más corta.
Rivetes

DIPLOMACIA

Se cayó desde un quinto piso a la calle un albañil, y comisionaron a un compañero para

que fuera a darle con reserva, la noticia a su mujer.

—Venía a decirle, señá Rosa, que a su esposo se le ha caído desde... un andamio, la chaqueta.
—Pues si no ha sido mas que eso...
—Es que dentro de la chaqueta iba su marido.
I. Bueno

CHISTE

—¿Cuáles son los bichos que trabajan más?
—Los calamares, porque sudan tinta.
Eugenio Baena

ENTRE AMIGOS

—Chico, me encuentro muy mal; mañana me marcho a mi país.
—Bueno, pues; si te mueres escríbemelo.
Pedro F. Fuerra

CHISTE

Llegar tarde.
El pintor.—Ojga usted, campesino, ¿hay por aquí alguna vista pintoresca?
El campesino.—¡Ay, señor! Ya no queda ninguna. Anteayer vino un fotógrafo y las tomó todas.
Antonio Sancho

SIN TÍTULO

Se reunieron una vez tres oficiales; en el transcurso de la conversación hicieron una apuesta en que cada uno alegaba tener a su mando el soldado más listo del cuartel; para verificarlo llamaron a los tres héroes y les ofrecieron un pollo al que pensara que había ido más lejos.
Al día siguiente se presentaron los tres; el primero, que era andaluz, dijo: Yo he pensado que había ido a Madrid, París y Nueva York en un minuto.
El segundo, que también era andaluz, dijo. Pue yo he ido más lejos; ar so, a las etreyas y me sentao en los cuernos de la luna, en un segundo.
Llegó el tercero, un baturro de raza, que no lo había pensado todavía, y dijo: Mi tiente: como estos s'han ido tan lejos, he pensau que cuando volverían estaría pasau el pollo y asina, en cinco minutos me le he comido.
Un lector aragonés

CHISTE

Charlot se entera que un muchacho se ha tragado una peseta, y preguntan a un caballero.
—¿La ha tragado en plata o en calderilla?
Felix Díaz

EN EL COLEGIO

—¿Sabe V. cuántas son las partes de la oración?
—¡Vaya si lo sé! ¿Y usted?
—¡Pues no he de saberlo!
—Entonces es inútil que yo se las diga.
Luis Rodríguez

LOS PANIAGUADOS

—Vengo del teatro, señora; si viera usted

que función.—Mire; para ahorrar palabras, cuénteme usted el argumento.

—Señora, si no salió.
J. Lino Martín

LA SOMBRA

—Oye, Nicasia; tu madre debe estar condenada.
—¿Porqué lo dices?
—Porque esta mañana he visto el diablo a su lau.
—¡Quiá! sería su sombra.
F. Borderas

De la harina sobre el salvado

—Pero, doctor; mi marido está salvado?
—No, señora; está hecho harina, pero ya sabe V. que de la harina sale el salvado.
F. Rufz Salmero

SIN TÍTULO

—¡Adiós, señorito Charlot!
—¿Se pasa V. así sin saludarme?
—Dispensa, chica; me he quedado tan corto de vista, que no distingo una bestia a cinco pasos.
A. Vandel

LECCIÓN DE MORAL

La institutriz.—Fíjate bien Pepe; para llegar a ser hombre hay que ser honrado.
El chico.—Pues diga que usted no ha conocido nunca la honradez, ya que sólo ha llegado a ser mujer.
Martín Sala

SIN TÍTULO

—¿Ves aquel caballero?
—Sí. ¿Quién es?
—Es Pérez.
—¿Y quién es Pérez?
—Uno que ha contribuido a enjugar muchas lágrimas.
—¿Un filántropo?
—No; un fabricante de pañuelos de bolsillo.
Manolo

ENTRE AMIGOS

—Confiesa que si te casas, es porque la chica tiene dos milloncejos...
—No, en verdad; me caso enamorado. Aunque no tuviera más que un millón, haría lo mismo.
Arturo Axief

RESPUESTA PRECIPITADA

—Mamá, ¿nos comprarás un gramófono?
—Sí, hijas mías; cuando los haya de lance.
—¡No, mamá! Lo queremos de madera.
C. Isurzu.

SIN TÍTULO

En una carnicería. — ¿Tiene V. manos de ternera?
—Sí, señora.
—¿Y cabeza de vaca?
—También.
—Pues, es V. un fenómeno.
Panchito



PASATIEMPOS



Soluciones al núm. 71

tercera cuarta, flor y el total, es un azúcar.

Blanco

CURIOSIDADES

Charada.— Camarera.

Comprimido.— Recaredo.

Jeroglífico.— Guerrero.

Tarjeta logográfica.

A mal tiempo buena cara.

Tarjeta.— Espada.

Rombo.—

C
SOL
LUCIA
ANTONIO
COCOLICHE
SICILIA
ROCAS
AHI
E

Cuadrado.—

TAJO
AZUL
JUGO
OLOT

Fuga de vocales.

No me dé Dios más riquezas,
que tener un pecho amigo
que comprenda mis tristezas.

Fuga de consonantes.

Venga usted madre, corriendo,
que he visto una cosa rara,
tres mujeres en un corro,
y las tres están calladas.

CHARADA

Mi primera, consonante
y mi segunda, también,
segunda y tres, se consume
y el todo, bien fácil es,
pues suele estar en la sala
con inquilinos, muy bien.

P. Silva

CHARADA

Prima segunda, es verbo,
segunda tertia, apellido,
segunda prima, edificio,
cuarta segunda, es verbo,
segunda cuarta, edificio,
tercera prima, flor,
tercera segunda, piedra,

TRIÁNGULO SILÁBICO

Sustituir los puntos por letras, que leídas vertical y horizontalmente, se lea: 1.º Instrumento musical. 2.º Verbal. 3.º Emperador romano. 4.º Vegetal.

C. Crespo

Vegetal.

Sustancia química.

Sustantivo.

Río

C. Escala

INTERMEZO FRUTAL

--- 0 * 0 * ---

Las cinco rayitas representan un fruto. Sustituyendo las dos estrellitas por dos consonantes, podrá leerse el nombre de una fruta.

R. Zabalo

FUGA DE VOCALES

S. l. p. z q. J. s. s. tr. j.
. n. l. m. n. d. m. n.
. s. p. r. c. s. d. q. m. ch. s
f. l. s. f. c. n. s. d. c. tr. n.

A. Pomero

JEROGLÍFICO

TRO

J. Vilellas

JEROGLÍFICO

K

Léase el nombre de un general español.

ADIVINANZA

Tamaño como una nuez,
sube la loma y no tiene pies.

S. Noval

Gramática de Esperanto

Es admirable por su sencillez, sin que nada le falte a sus 16 reglas sin excepción de que se compone. He aquí algunas de dichas reglas sin comentarios: 1.º Sólo hay un artículo, que es el definido *la*, invariable para todos los géneros, números y casos. 2.º El sustantivo termina siempre en *o*; el acusativo añade una *u*; los demás con preposición. 3.º El adjetivo termina en *a*. 4.º numerales cardinales, son: *mm, dn, tih, koar, kdin, ses, sep, ok, mñ, dek*, etc. 5.º El verbo es sencillísimo, y lo caracterizan las terminaciones: *i*, para el infinitivo, *as*, para el presente, *is*, para el pretérito, *os*, para el futuro, *u*, para el imperativo, *us*, para el presente de subjuntivo. Objetará alguno que la pronunciación siempre será diversa para cada noción; baste en contrario la prueba de más de 30 congresos internacionales.

Porthos

La velocidad de los trenes

Pocas personas, aparte los ingenieros, saben la cantidad de fuerza que se necesita para echar a andar y para detener un tren.

Aunque parezca raro, se dobla la fuerza para detener el tren, que para echarlo a andar, cuya pérdida depende de lo que en ingeniería se llama el momento.

Un tren que, como los de América, marcha con la velocidad de 90 a 120 kilómetros por hora, puede, por medio de los frenos de aire comprimido, detenerse en un espacio de terreno de ciento diez metros.

La potencia que se pierde en esta operación, equivale a la necesaria para que el mismo tren recorra una distancia de 27 a 30 kilómetros por terreno llano.

El «sudexpreso» de Washington a San Francisco, ha alcanzado la velocidad media de 130 kilómetros por hora.

En Alemania, marchan a bastante velocidad también, pero el que va a más velocidad, es el de Berlín a Colonia, pasando por Dürserlffoy. En Inglaterra, Francia, Bélgica, Austria, Italia, Rusia y España, adquieren menos velocidad, por la causa de que no haya doble vía.

En España, los expresos de Hendaia, Barcelona y Sevilla, pero sobre todo el de Barcelona alcanza una velocidad de 75 a 80 kilómetros por hora, que supone una marcha un poco emocionante.

Porthos

Tip. Lit. E. Estadella.—Vallfogona, 24 a 28 :: Barcelona :: Teléf. G. 7188

LOS PASTELES DE CHARLOT



Ya estoy solo, por fin,—dice Charlot: por el pastel, primero empezaré. Mas, cuando empieza a darse el atracón, el pícaro de Bobby allí lo ve.



En tanto que Charlot se *despepita* apurando de un saco el contenido, Bobby, detrás del árbol escondido, el otro saco de pasteles quita.



Cuando Charlot del robo se da cuenta se llena de un amargo desconsuelo, y como el saco por allí no encuentra se arranca enfurecido todo el pelo.



Entonces se fijó que Bobby huía llevando entre las manos el botín, y echó a correr tras él, mientras decía: ¡Me las has de pagar, gran Malandrín!



Pero Bobby, más listo que una ardilla, detrás de un grueso árbol se escondió. Hay que esconderse bien, pues si me pilla fabrica con mi carne un salchichón.



¿Dónde se habrá escondido el ladronzuelo? ¿en qué sitio de estos se ha ocultado? ¿o es que por castigo se abrió el suelo y al ratero de Bobby se ha tragado?



Cuando lleno de ira y de coraje por todas partes al ladrón buscaba, con gran asombro vió que del follaje el calzado de Bobby rebasaba.



—¡Oh, ladrón, ya te tengo entre mis manos!... sin compasión ninguna ahora te mato... Pero, ¡oh, desilusión de los humanos! solo cogió de Bobby los zapatos.



Y mientras que Charlot, así burlado, se daba puñetazos y rugía, el pícaro de Bobby se comía lo que tan fácilmente había robado.

CORRESPONDENCIA

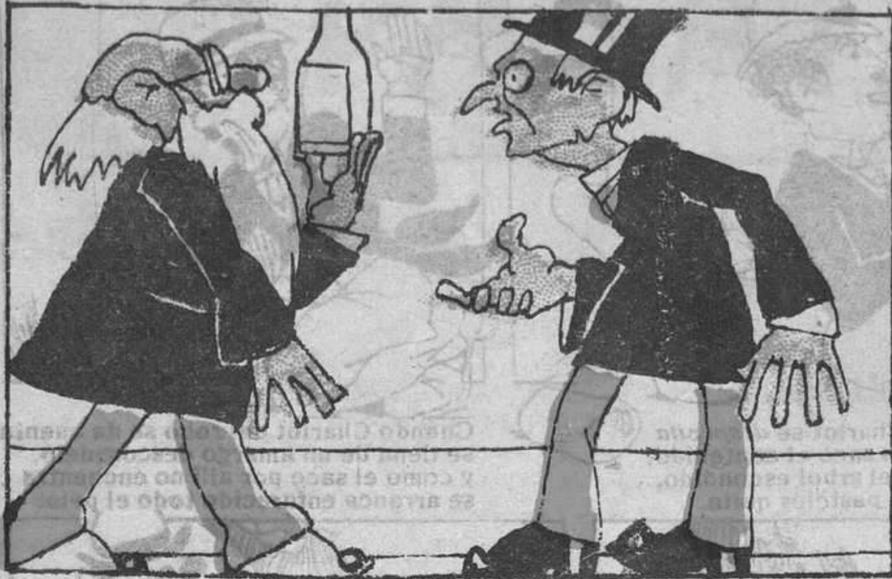
Teófilo Ortega: Sirvase enviar las señas de su domicilio, para mandarle la Revista. D. Crispín: Se recibió y espera ocasión para publicarse. F. Peña: Su solución entró en concurso como todas, pero no ha sido favorecida por la suerte. B. Díez: Todo lo que envían se recibe sin perderse nada. J. Clavería: No vá. M. Andrea: Se recibió. R. Viñales: Se publicarán. V. L: Lo que envía, ya se publicó. R. Alonso: Esperan turno. S. Pallarés: Lo que envía es muy viejo. M. Cremades: Hace poco se publicó lo mismo: J. Peiró: Se publicará. A. Carrascosa: Puede enviar el importe en sellos de correos y al mismo tiempo, la dirección del pueblo y provincia. F. Bustamante: Lo que envía, no vá; ingéniense más. M. Montiel: El chiste que envía, ya se publicó. Perri: Se publicarán. E. Jorro y L. Montoya: Sin el sellito de franquicia también llega el original para imprenta.

Noteapures.—Burgos: Dice Cocoliche, que aunque se reunan más *bandas* que en una fábrica de billares, tiene él, suficiente nariz para destruirlas todas. Pronto lo verán.

Han enviado soluciones a los Pasatiempos anteriores:

E. Lahora. Argelia y Asunción Quisiant. C. Mitchell. G. Rodríguez. E. Diaz. R. Viñuales. J. Clarel. L. Capell. F. Bustamante. F. Bárcena. P. Fernández. J. Gallo. C. Escala. J. Mariné. S. Noval.

GORDURA INSTANTÁNEA, por Papin



Con este, mi último invento,
va V. a engordar al momento."



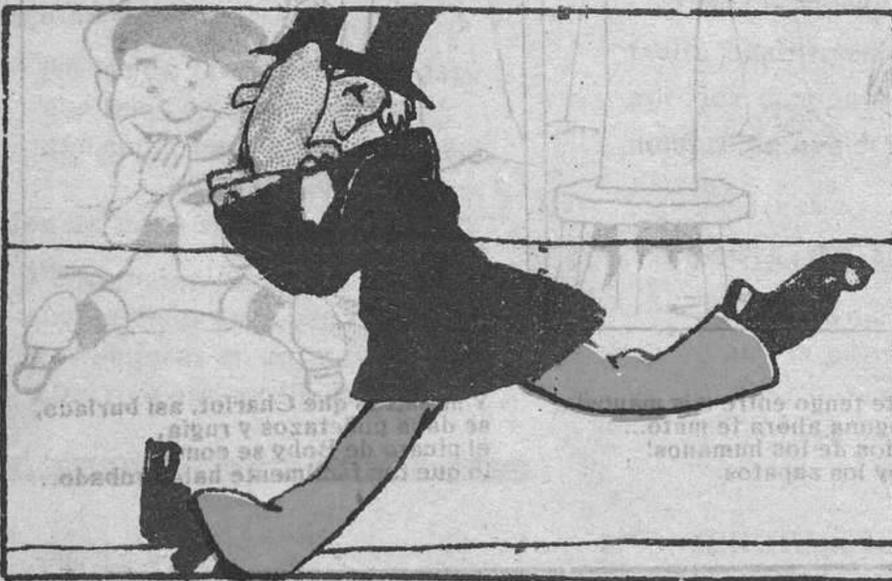
Si es verdad lo que él me dijo
pronto iré para botijo.



Lo de dentro me sorbí;
el frasco lo echo de mí.



¿Qué les pasa a estas abejas
que me asaltan las orejas?



Mis mejillas, las nalgas
han dejado malparadas.



Con mi invento, todo el mundo
va a engordar en un segundo.



¡Como correr! ¡Vaya un cnasco!
¡Cómo le ha ido a V. el frasco?



¡A no ser yo quien lo viera,
ni yo mismo lo creyera!

PAPIN